

# Las pequeñas cosas que no tienen nombre

Dos manchas rojizas en la zona abdominal de mi camisa tampoco resultaban tan preocupantes. El que alguien estableciera relaciones inoportunas era hartamente improbable. No iba a parar en esos momentos, cuando ya estaba todo en marcha, por unas nimias manchas en la camisa. Me sequé el sudor de la frente con el antebrazo, me re Coloqué el flequillo y miré a mi alrededor buscando ojos en lo oculto. No me seguía nadie. Nadie se había percatado de nada. Sólo yo estaba interesado en mis movimientos. Subí al auto, antes volví a escudriñar la oscuridad más inmediata, respiré profundamente, tratando de sosegar me, descansé apenas unos segundos y encendí el motor con las lágrimas asomando.

Me molestó. Hizo que instintivamente apretara los párpados y acercara los omoplatos (algo así como si te pegaran una buena patada en el culo). No soportaba

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

lo que en aquellos instantes me parecía un excesivo ruido de motor. Controlé los nervios, apacigué los ánimos, metí la primera y con suavidad, ternura y cariño solté el embrague y comencé a descontar los primeros metros de huída del lugar de los hechos. ¡Dios! Aparta de mí cualquier obstáculo, deja que no encuentre yo a persona alguna, permite que me pierda por esos caminos insondables. No rezaba ya que era algo inoportuno, además de inapropiado creo yo; pero sí que lo comentaba para mí. Como para darme compañía.

El camino de vuelta además de antojárseme eterno estaba siendo horroroso: apenas una senda de tierra, piedras y huecos profundos, casi lagos. Nada más que un camino estrecho, invadido por todo tipo de vegetación, con ramas de centenarios olmos conquistando a menudo el espacio escaso y envuelto en la más tupida oscuridad que nunca antes había observado. Los ojos no conseguían descifrar los bultos con tiempo, así que no tuve más remedio que reducir la velocidad de mi escapada. Todo ello a pesar de que la premura ya formaba parte de la cisura longitudinal de mi cerebro. No llegaba, no acudía, tan sólo transitaba, con sendas manchas rojizas en la zona abdominal de mi camisa, por aquel maldito camino que ya había logrado hacerme adicto al llanto. Era superior a mis fuerzas. No podía con él, me desesperaba.

Pero llegó el alba, un nuevo amanecer, un renacer, un despertar, un rayo de esperanza aunque aún continuara sorteando los huecos del camino. Ya ni lloraba, no conseguía hacer brotar lágrimas, es como si la fuente se hubiese agotado.

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

Seguramente la dejé seca ya de por vida. Paré a descansar, ya no había prisa. Había roto todos los cuadrantes de mi planificación. Estaba a varias horas de alcanzar el peor de los horarios previstos. Si salía de aquella no volvería a vivir una como ésta. Me había desengañado, aquel camino de bestias había conseguido entristecerme, desencantarme y hasta succionarme toda la fortaleza y el ánimo. Un fuerte ánimo de espíritu que había espoleado la solidificación de todos aquellos viejos planes y que brotó en esta primavera, como cualquiera otra fuente. Estaba atrapado. Sí, me sentía acorralado, emboscado, arrinconado, encañonado... ¡No conseguía salir de aquel maldito bosque! Y los riñones se me habían disuelto. Traté de encender el último cigarro que quedaba en la cajetilla, que también parecía angustiado, andaba inclinado, apoyado contra uno de los laterales, como escondido, o más bien fatigado de tanto y tan mal viaje; y mi frustración, acompañada por mi mal humor (estaba tremendamente ofuscado), participado además por un nerviosismo implacable y, sobre todo, mi torpeza enquistada; lo dividieron en dos sin apenas haber surgido de la cajetilla. No, no lloré porque ya dije antes que la fuente estaba seca. Pero cómo maldije, cómo agité los brazos, cómo pataleé y hasta arrebaté la mejor flor a aquella planta que osó crecer tan cerca de mi enajenación. No cabía dentro de mi propia piel. No sé si alguien, pocos o muchos, habrá llegado a entender la magnitud de mi rabia, pero lo cierto es que ya no encuentro más adjetivos ni imágenes literarias. Estaba deshecho. Esto sí, al menos así lo espero, será fácil de asimilar. Pero volviendo al caso, había que replantearse todo desde el principio. Todos estos años maquinando de forma privada e íntima no habían servido de mucho, ¡tan sólo me habían dejado en la linde derecha de aquel maldito camino lleno de obstáculos! Entretanto

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

conseguía amainar los vientos furiosos que acompañaban mi cólera, me dirigí a la parte trasera del vehículo, comprobé que la puerta del maletero seguía cerrada empujando varias veces con fuerza hacia mí, intentando abrirla, y, más tarde, habiendo quedado plenamente satisfecho con la comprobación, volví al interior del vehículo en busca del llavero, aunque no se entienda muy bien el por qué. Lo arranqué del encendido y volví a la parte de atrás. Ya frente a la puerta del maletero dudé. Durante unos segundos golpeé el manajo de llaves contra la palma de la mano sin dejar de mirar obsesivamente la cerradura. Inicié un paso hacia atrás que quedó inconcluso y casi al tiempo otro hacia delante que acabó también en una mera intención. Lo mejor, me convencí, era no abrir aquella maldita puerta. Sabía perfectamente lo que se escondía tras ella y también que su visión no me agradaría, por tanto, ¿para qué abrirla? Devolví las llaves a su lugar y busqué algo de consuelo en la espesura, algo de abrigo en lo robusto de un tronco para miccionar con cierta tranquilidad.

Había que seguir. No cabía otra que continuar con la huída por aquella maldita vereda de cabras. Si conseguía alcanzar la carretera antes de que dieran las ocho, recorría los cuarenta y cinco kilómetros que quedarían para llegar a la ciudad, me sonreía la suerte y no encontraba atascos a la entrada; quizás, cabía la posibilidad, antes de las diez podría recoger la documentación en la estafeta de correos, cruzar media ciudad, huir de la Gran Avenida, avanzar por el Pequeño Bulevar hasta el Paseo de Las Banderas, desviarme en Hermanos Pinzón para buscar Gran Capitán, siempre dirección oeste, atajar por el parque de Carlos IV y, finalmente, coger el

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

dinero y salir pitando. Todo ello me llevaría al menos una hora, lo que quiere decir que jamás podría estar antes de las once en el puerto. ¡Maldita sea! Aceleré, apreté los dientes, me agarré con fuerza al volante y me prometí no reducir la velocidad encontrara lo que encontrase. Y no por no querer ver desaparecen las cosas. Estaba allí, a unos metros de mi parachoques, frente a frente con mi matrícula; un enorme tronco atravesado en el camino. Uno de los gruesos, de los inabarcables con los brazos, inamovible e insensible a la gravedad de mi situación y a la urgencia con la que venía. Me detuve en seco. Quedé incrustado. Formé parte del tronco caído. Nos hicimos uno el árbol, el vehículo achatado y mi cabeza aperturista, que había abierto un agujero suficiente en el cristal delantero por donde salir despedido (en busca del inevitable encuentro). Quedé sin sentido. En el amplio sentido de la palabra. Por un lado semi inconsciente, por el otro, ya sin apenas prisa. ¿Para qué correr? Ya no llegaría a tiempo, todo se había venido abajo. Ahora estaba seguro, jamás saldría de aquel enredado bosque. Además, podía estar gravemente herido. Incluso muerto.

Le saqué a la camisa una manga y me la anudé alrededor de la cabeza algunos minutos después de haberme descubierto aún vivo. Sangraba abundantemente. Si bien no encontré la manera de reconocerse visualmente, ya que el vidrio más grande que había resistido al impacto no alcanzaba el tamaño de una moneda, sabía, intuía, supe reconocer, que una considerable brecha se había abierto avanzando a lo largo de gran parte de mi azotea. Flexioné las piernas, luego los brazos, me palpé las costillas, las clavículas; incliné hacia los cuatro puntos cardinales el cuello, rebusqué nuevas fisuras o manchas de sangre por otras secciones de mi cuerpo, y no hallé

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

nada. Parecía que no había sido tan grave, parecía que había salido ileso, o casi ileso, de aquel enorme accidente. Al final, tuve que reconocer que me había sonreído la suerte. Pero, ¿qué podía hacer en aquella situación? Mejor me hubiera ido si hubiese muerto, llegué a pensar. En esos momentos, mientras mentalmente recopilaba motivos a favor y en contra de mi muerte, me sobrevino un intenso y debilitante dolor de cabeza, y aunque estaba convencido de que la fuente estaba seca, dos lágrimas, compactas, húmedas, salinas, refrescantes, abrieron un surco por entre la sangre medio seca que pintaba mi rostro.

Tenía que continuar. No podía quedarme allí, había que tomar alguna determinación. Oteé los alrededores, nada más que monte enrevesado, matorrales abrazados por donde mirara. Tendría que inventar un camino, un pequeño sendero entre tanta vegetación para alcanzar alguna cumbre desde la que divisar. Abrí el maletero y me detuve mirando el bulto y recordando cosas. En fin, se hacía preciso excavar un agujero lo suficientemente profundo y ancho como para que cupiera. También habría que encontrar con qué hacerlo. Revisé los alrededores tratando de buscar alguna hendidura sin alejarme en demasía, notaba que mis fuerzas habían menguado ostensiblemente y que un trayecto más o menos largo con el bulto en brazos sería definitivo para no salir de aquel monte por mis propios pies. Luego, caí en la cuenta de que en cualquier momento alguien podría utilizar aquel mismo camino y toparse conmigo, por lo que tampoco podía entretenerme tanto. Al fin, a unos veinte metros encontré algo parecido a una hendidura. Con las propias manos ahondé y adecué el habitáculo, para más tarde sacar el bulto envuelto en bolsas de plástico y arrastrarlo

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

hasta él. Tuve que sobreponerme, tuve que aguantar la respiración, tuve que echarle verdadero valor pero lo conseguí, el bulto fue colocado en el lugar que había encontrado para hacerlo. Me sentí sucio, asqueroso, puerco, un cochino, pero lo hice. Y si lo hice es porque había que hacerlo, allí no había nadie más que yo por lo que no podía declinar mis responsabilidades. Estaba en aquello solo, también por propia voluntad. Nadie me indujo a nada. Quería que aquello sucediera y sucedió. Ansiaba la venida de aquellos momentos y ahora, que no eran ni por asomo como habían sido soñados, planificados; había que vivirlos. También es cierto que no me quedaba otra. Luego, con unas ramas de aquí y otras de allí, lo oculté pensando que no en mucho tiempo tendría que volver a recogerlo. Aquello no podía quedar allí eternamente, ni tan siquiera unos días. Pues bien, ya está escondido. Ahora, haré desaparecer las matrículas, eliminaré cualquier vestigio de mi paso por ese vehículo y pensaré hacia dónde dirigirme. ¡Dios, la cabeza! Me venían dolores penetrantes, algo así como si te dieran una buena patada en todo el culo. ¿Izquierda, derecha, arriba o abajo? Indudablemente, siempre hacia arriba.

Ya no tenía más fuerzas. Ninguna. Ni ganas. Allí me quedaría para siempre. En medio de ningún sitio. No creo que sean capaces de encontrar mi cuerpo, llegué a pensar. Me tumbé en el suelo, lo noté húmedo, con la mirada perdida por encima de las copas de los árboles. Estaba perdiendo toda la sangre, la brecha no se unía y el dolor de cabeza cada vez resultaba más intenso. Ya había alcanzado dos docenas de cumbres. Cumbres aparentes pues tras ellas siempre se alzaban altos campos y más esbeltos árboles. No conseguía orientarme ni mis pasos se encaminaban hacia algún

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

lugar ventajoso. Ni tan siquiera era capaz de retroceder hasta el camino para si acaso pedir ayuda, puesto que hacía ya varias horas que me encontraba, en efecto, perdido. Con la cabeza abierta, un bulto comprometedor oculto a escasos metros de mi vehículo y perdido en medio de aquel odioso bosque; todos mis planes se habían ido... Sí, sí, sí, volví a llorar. Años, tantos años planificándolo, investigando, documentándome. Horas, miles de horas atando cada cabo, repasando cada minuto, hilvanando todos los flecos; ¡no habían servido para nada! Mi concienzudo plan me había llevado hasta un claro del bosque, desorientado, con el bulto lejos de mí, sin vehículo y con todos los acontecimientos profundamente meditados caducando, gota a gota, sin reposo, sin remedio. Ni tan siquiera había conseguido salir del bosque. Aparentemente, sobre el papel, sobre los muchos cuadernos que rellené planificando, era lo más sencillo. De madrugada, por un camino apenas transitado, sin vigilancia alguna: ¿Quién estaría allí, a esas horas, para vigilar nada? Con tiempo sobrado: ¡me bastaba con haberlo atravesado en tres horas! ¡Diez kilómetros en tres horas! A pie lo hubiese conseguido. Arrastrando el bulto lo hubiese conseguido. Pero no, la realidad es que estaba atrapado. Ya nadie me esperaría en la estafeta de correos. El barco estaría a punto de zarpar. ¿El dinero? No tenía el dinero, estaba allí y si aún quería recuperarlo, cuando llegara seguramente muchos me estarían esperando. Tampoco podía retroceder, quiero decir, deshacer lo hecho, puesto que hay cosas, algunas cosas, las que tienen nombre, que no son fáciles de recomponer.

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

Arranqué un buen puñado de hierba con mi mano derecha. Aún seguía tumbado, boca arriba, con la mirada perdida más allá de las copas de los árboles, sangrando, soportando el penetrante dolor de cabeza, convirtiéndome a grandes zancadas al escepticismo. Ya indiferente a lo que viniera, ya apático con mi futuro, ya comenzaba a esbozar una mueca leve a modo de sonrisa ante toda aquella desgracia que me rodeaba. Al hacerlo, sentí que la brecha se hundía y alargaba, la de la cabeza; y un nuevo hilo de sangre atravesaba mi vista y manchaba la cara y, un poco más tarde, la camisa, el pantalón y mi dignidad. Tenía que reiniciar mi camino, debía intentarlo, no podía quedarme allí a esperar que el aburrimiento, la fatiga y la conmiseración me asesinaran. Me puse en pie, arranqué la otra manga a la camisa, la anudé y seguí escalando, buscando otra nueva cumbre que fuese definitiva. Ya estaba a unos metros del punto de inflexión de aquel otro monte, ansiaba sobrepasarlo para mirar y ver qué se veía. Nada, desde allí arriba no se veía nada nuevo digno de mencionar, nada más que otra nueva cumbre frente a mí. Me dejé caer ladera abajo y sólo me refrené al incrustarme en un seto de tallo picudo. Una zarza que me agujereó todo el cuerpo y durante bastantes minutos me abrazó impidiéndome que la abandonara. Allí dejé más sangre y buena parte de mi indumentaria. Volví a ascender. Esta vez lo hacía a gatas, ayudándome con las manos, las uñas, los codos, hasta con los dientes. A todo aquello no le había puesto nombre, en ninguna de mis libretas aparecía, ni en los peores pronósticos sobre lo que fuera a suceder lo hice notar si quiera a pie de página. Pero debía avanzar.

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

Otra vez se abrían puertas a la esperanza, nuevamente se acercaba a mi vista la cima del monte. Apenas otros nuevos metros. ¡Lo conseguí! Frente a mí: espacio, aire, las nubes a la altura de los hombros. A mis pies, un valle profundo, unas casas, humo de chimeneas, vida, un riachuelo ruidoso atravesado por ¡la carretera! Que estaba a unos pocos kilómetros, casi la podía tocar con la mano. Lo había conseguido: el salir de aquella ratonera. Ahora quedaba descender, alcanzar la carretera, hacer autostop y llegar a casa antes de que todas las alarmas se encendieran. Una vez allí, sacaría los cuadernos y volvería a diseñar un nuevo plan. En teoría, según mis estimaciones, podría retomar bastantes caminos. Era cuestión de repensarlo bien, dar los pasos adecuados, con cuidado, abrir al máximo los ojos, moverme silenciosa e invisiblemente y, escapar, escapar, escapar. Eso sí, antes debía volver a recoger el bulto. Comencé el descenso, no conseguía mantener a raya la respiración, me sentía agitado, nervioso, con la adrenalina en niveles históricos; sonreía y se me secaban los dientes, luego, me dolían los labios al tratar de plegarlos. Los brazos, debido al cansancio, danzaban a su aire, hasta me costaba mantenerlos pegados a mí. La pendiente descendiente se agravó, lo que provocó que el braceo, la sonrisa y las zancadas se alargaran. A veces, una de mis manos me impactaba en la frente, pero yo sonreía, ya no notaba el dolor de la cabeza, ni del resto del cuerpo. Seguía descendiendo, ahora apoyándome en los troncos para disminuir la velocidad. Casi se estaba agotando la falda del monte, pronto comenzaría el falso llano, luego otro leve ascenso y al final la carretera. ¡Crack! Un crack seco, definitivo. Sonó contundente, preciso y ni lo noté. Sólo lo advertí cuando caí de bruces en el suelo, de forma instantánea, secando mi descenso. Me había partido toda la pierna. Los dientes de

## Las pequeñas cosas que no tienen nombre

hierro me habían quebrado los huesos. Había caído, como presa, en un cepo para zorros. Ahora, cuando me miraba la pierna atrapada me vino un acceso de tos, luego de vómito, más tarde un profundo aullido de lamento. Allí, al frente, estaba la carretera, la mía. Miré al cielo, abrí los brazos y pregunté: ¿Hay alguna otra pequeña cosa innominada que me pueda pasar?

**Fin**